

LA EXCMA. SRA. DOÑA CAROLINA CORREA

En otoñal mañana alumbrada por el astro del día, no empañado el cielo por nube alguna, un cortejo más distinguido que numeroso, compuesto de deudos y amigos, seguía en pos de un sencillo féretro sobre cuya simbólica cruz de metal, se quiebran los rayos del sol, el camino que de la estación del ferrocarril conduce al campo santo de nuestra ciudad.

A sus puertas la triste comitiva se para, descubriéndose con respeto, los bronce del cementerio sollozan más bien que doblan; de la cercana alameda el murmullo de las hojas movidas por el aire, remeda vago lamento y entre aquel concierto misterioso se eleva una plegaria al cielo pronunciada por el sacerdote y repetida por los circunstantes, en cuyos ojos brillan lágrimas de sentimiento por el alma de la que há poco acaba de partir.

Breves momentos después, aquellos pálidos restos recibían cristiana sepultura al lado de los de la familia Shelly, último y venerado asilo de los descendientes de aquel campeón que en los comienzos del siglo pasado ilustró su nombre luchando por la independencia española como los O'Donell, O'Relly y tantos otros de irlandés origen connaturalizados por aquel entonces en nuestra patria.

¿Quién era aquel ser cuya eterna partida tanto sentimiento producía en el ánimo de los asistentes á tan triste cuadro y no poco dolor en el corazón palpitante de sus deudos?

Una venerable dama, de linajudo origen, que el Alcalá de la segunda mitad del siglo pasado pudo admirar, más aún por sus virtudes que por su hermosura con ser ésta espléndida en extremo y la cual haciendo el bien toda su vida, obtuvo esa única superioridad que no crea envidiosos entre nuestros semejantes y que como decía la ilustre escritora Fernán-Caballero es más que el saber con ser algo y que el genio con ser mucho.

Carolina Correa que este era su nombre, oriunda de Galicia, de la noble casa de Mos, recibió esmerada educación en Francia y muy joven unió su suerte á la de Don Tomás Shelly que más tarde habla de ostentar el entorchado de general de nuestro ejército.

Con la fe heredada de sus padres y los principios religiosos arraigados en su corazón que, si bien y como escribía el eximio Marqués de Valdegama, *no deberían ser elogiados en otros tiempos como quiera que á nadie le es permitido tener otros si ha recibido el bautismo, pero hoy día el cumplimiento del deber es una acción heroica merecedora de prolongados aplausos*; caminó por la larga senda de la vida durante los setenta años de su existencia, en sus distintas etapas de hija, esposa y madre, modelando su alma centelleante del más puro amor y sintiendo palpitar dentro de su ser las aspiraciones de los espíritus elevados para los estados que Dios hubo de ponerla y de que nos habla el padre Bach en sus escritos.

Honrado el que estas líneas escribe y desde hace muchos años con la cariñosa

amistad de la finada y de sus hijos, en las largas y frecuentes pláticas con aquella bondadosa señora, cuyo porte era de gran dama y sus modales medidos, reposados y elegantes; de negro y sencillo vestir, pero pulcro y esmerado, escuchaba de sus labios recuerdos oportunos, anécdotas graciosas y episodios interesantes, expresado todo ello con aquel simpático candor característico suyo y que es patrimonio del genio elevado ó de la virtud exquisita, haciéndonos á sus hijos y á mi agradables y provechosas aquellas horas pasadas al lado de tan encantadora anciana y abuela cariñosa por la enseñanza que encerraban para nosotros tantas cosas aprendidas é inspiradas en el Kempis ó en las obras de Cecilia Bolh de Feber, libros favoritos y de los que Aparisi Guijarro decía que al leerlos parece oír aún la voz del buen Pastor y los sollozos del hijo Pródigo.

Descanse en paz tan noble y virtuosa dama, que tantas lágrimas enjugara acá en la tierra y al expresar á sus hijos, mis queridos amigos, el sentimiento grande por la pérdida experimentada, les recordaremos aquel pensamiento del poeta que llenan el alma de consuelo.

«La muerte es fugaz dolor como todo lo mudable. Un tránsito indispensable para otra vida mejor».

A. M. B.

LA EXCMA.SRA. DOÑA CAROLINA CORREA

En otoñal mañana alumbrada por el astro del día, no empañado el cielo por nube alguna, un cortejo más distinguido que numeroso, compuesto de deudos y amigos, seguía en pos de un sencillo féretro sobre cuya simbólica cruz de metal, se quiebran los rayos del sol, el camino que de la estación del ferrocarril conduce al campo santo de nuestra ciudad.

A sus puertas la triste comitiva se para, descubriéndose con respeto, los bronce del cementerio sollozan más bien que doblan; de la cercana alameda el murmullo de las hojas movidas por el aire, remeda vago lamento y entre aquel concierto misterioso se eleva una plegaria al cielo pronunciada por el sacerdote y repetida por los circunstantes, en cuyos ojos brillan lágrimas de sentimiento por el alma de la que ha poco acaba de partir.

Breves momentos después, aquellos pálidos restos recibían cristiana sepultura al lado de los de la familia Shelly, último y venerado asilo de los descendientes de aquel campeón que en los comienzos del siglo pasado ilustró su nombre luchando por la independencia española como los O'Donell, O'Relly y tantos otros irlandeses connaturalizados por aquel entonces en nuestra patria.

¿Quién era aquel ser cuya eterna partida tanto sentimiento producía en el ánimo de los asistentes a tan triste cuadro y no poco dolor en el corazón palpitante de sus deudos?

Una venerable dama, de linajudo origen, que el Alcalá de la segunda mitad del siglo pasado pudo admirar, más aún por sus virtudes que por su hermosura con ser ésta espléndida en extremo y la cual haciendo el bien toda su vida, obtuvo esa única superioridad que no crea envidiosos entre nuestros semejantes y como decía la ilustre escritora Fernán-Caballero es más que el saber con ser algo y que el genio con ser mucho.

Carolina Correa que este era su nombre, oriunda de Galicia, de la noble casa de Mos, recibió esmerada educación en Francia y muy joven unió su suerte a la de Don Tomás Shelly que más tarde había de ostentar el entorchado de general de nuestro ejército.

Con la fe heredada de sus padres y lo principios religiosos arraigados en su corazón que, si bien y como escribía el eximio Marques de Valdegama, "no deberían ser elogiados en otro tiempos como quiera que a nadie le es permitido tener otros si ha recibido el bautismo, pero hoy día el cumplimiento del deber es una acción heroica merecedora de prolongados aplausos"; caminó por la larga senda de la vida durante setenta años de su existencia, en sus distintas etapas de hija, esposa y madre, moldeando su alma centellante del más puro amor y sintiendo palpitar dentro de su ser las aspiraciones de los espíritus elevados para los estados que Dios hubo de ponerla y de que nos habla del padre Bach en sus escritos.

Honrado el que estas línea escribe y desde hace muchos años con la cariñosa amistad de la finada y de sus hijos, en las largas y frecuentes pláticas con aquella bondadosa señora, cuyo porte era de gran dama y sus modales medidos, reposados y elegantes; de negro y sencillo vestir, pero pulcro y esmerado, escuchaba de sus labios recuerdos oportunos, anécdotas graciosas y episodios interesantes, expresado todo ello con aquel simpático candor característicos suyo y que es patrimonio del genio elevado o de la virtud exquisita, haciéndonos a sus hijos y a mi agradables y provechosas aquellas horas pasadas al lado de tan encantadora anciana, abuela cariñosa por la enseñanza que encerraban para nosotros tantas cosas aprendidas en el Kempis o en las obras de Cecilia Bolh de Feber, sus libros favoritos y de los que Aparisi Guijarro decía que al leerlos parece oír aún la voz del buen Pastor y los sollozos del hijo Pródigo.

Descanse en paz tan noble y virtuosa dama, que tantas lágrimas enjugara acá en la tierra y al expresar a sus hijos, mis queridos amigos, el sentimiento grandes por la pérdida experimentada, les recordaremos aquel pensamiento del poeta que llenan el alma de consuelo.

"La muerte es fugaz dolor Como todo lo mudable.

Un tránsito indispensable Para otra vida mejor"

A.M.B.

LA EXCMA. SRA. DOÑA CAROLINA CORREA

En otoñal mañana alumbrada por el astro del día, no empañado el cielo por nube alguna, un cortejo más distinguido que numeroso, compuesto de deudos y amigos, seguía en pos de un sencillo féretro sobre cuya simbólica cruz de metal, se quiebran los rayos del sol, el camino que de la estación del ferrocarril conduce al campo santo de nuestra ciudad.

A sus puertas la triste comitiva se para, descubriéndose con respeto, los broncees del cementerio sollozan más bien que doblan; de la cercana alameda el murmullo de las hojas movidas por el aire, remeda vago lamento y entre aquel concierto misterioso se eleva una plegaria al cielo pronunciada por el sacerdote y repetida por los circunstantes, en cuyos ojos brillan lágrimas de sentimiento por el alma de la que há poco acaba de partir.

Breves momentos después, aquellos pálidos restos recibían cristiana sepultura al lado de los de la familia Shelly, último y venerado asilo de los descendientes de aquel campeón que en los comienzos del siglo pasado ilustró su nombre luchando por la independencia española como los O'Donell, O'Relly y tantos otros de irlandés origen connaturalizados por aquél entonces en nuestra patria.

¿Quién era aquel ser cuya eterna partida tanto sentimiento producía en el ánimo de los asistentes á tan triste cuadro y no poco dolor en el corazón palpitante de sus deudos?

Una venerable dama, de linajudo origen, que el Alcalá de la segunda mitad del siglo pasado pudo admirar, más aún por sus virtudes que por su hermosura con ser ésta espléndida en extremo y la cual haciendo el bien toda su vida, obtuvo esa única superioridad que no crea envidiosos entre nuestros semejantes y que como decía la ilustre escritora Fernán-Caballero es más que el saber con ser algo y que el genio con ser mucho.

Carolina Correa que este era su nombre, oriunda de Galicia, de la noble casa de Mos, recibió esmerada educación en Francia y muy joven unió su suerte á la de Don Tomás Shelly que más tarde había de ostentar el entorchado de general de nuestro ejército.

Con la fe heredada de sus padres y los principios religiosos arraigados en su corazón que, si bien y como escribía el eximio Marqués de Valdegama, *no deberían ser elogiados en otros tiempos como quiere que á nadie le es permitido tener otros si ha recibido el bautismo, pero hoy día el cumplimiento del deber es una acción heroica merecedora de prolongados aplausos*; caminó por la larga senda de la vida durante los setenta años de su existencia, en sus distintas etapas de hija, esposa y madre, modelando su alma centelleante del más puro amor y sintiendo palpar dentro de su ser las aspiraciones de los espíritus elevados para los estados que Dios hubo de ponerla y de que nos habla el padre Bach en sus escritos.

Honrado el que estas líneas escribe y desde hace muchos años con la cariñosa

amistad de la finada y de sus hijos, en las largas y frecuentes pláticas con aquella bondadosa señora, cuyo porte era de gran dama y sus modales medidos, reposados y elegantes; de negro y sencillo vestir, pero pulcro y esmerado, escuchaba de sus labios recuerdos oportunos, anécdotas graciosas y episodios interesantes, expresado todo ello con aquel simpático candor característico suyo y que es patrimonio del genio elevado ó de la virtud exquisita, haciéndonos á sus hijos y á mí agradables y provechosas aquellas horas pasadas al lado de tan encantadora anciana y abuela cariñosa por la enseñanza que encerraban para nosotros tantas cosas aprendidas é inspiradas en el Kempis ó en las obras de Cecilia Bolh de Faber, que libros favoritos y de los que Aparisi y Guisjarro decía que al leerlos parece oír aún la voz del buen Pastor y los sollozos del hijo Pródigo.

Descanse en paz tan noble y virtuosa dama, que tantas lágrimas enjugara acá en la tierra y al expresar á sus hijos, mis queridos amigos, el sentimiento grande por la pérdida experimentada, les recordaremos aquel pensamiento del poeta que llenan el alma de consuelo.

«La muerte es fugaz dolor como todo lo mudable.

Un tránsito indispensable para otra vida mejor».

A. M. B.